

NUESTRA SEÑORA DE BELÉN.

Transeat usque Bethlehem, et videamus hoc verbum quod factum est, quod Dominus ostendit nobis.

Vamos hasta Bethlén, y veamos este suceso prodigioso que acaba de acontecer, y que el Señor nos ha manifestado.

(Luc. II, 15.)

Al contemplar el tierno espectáculo que nos presenta el establo de Belén, las más dulces y encontradas emociones conmueven mi corazón. Un Dios niño, una Madre virgen, un Esposo castísimo, sencillos pastores que adoran humildes al divino Infante, ángeles que cantan: «Gloria á Dios en las alturas y paz á los hombres en la tierra.»

Sin duda ninguna el Dios niño es el sol que brilla en este feliz horizonte; pero á su lado está la pura y hermosa María, que siendo madre de un hombre Dios, la más excelsa de todas las criaturas, la Reina de Cielos y tierra, roba también nuestro corazón. Loores sin fin sean dados al divino Infante; á Él pertenecen nuestras almas y corazones; tuyas son de derecho las primicias de nuestras adoraciones; pero complácese el Niño Dios en que, después de haberle tributado los soberanos cultos que le son debidos, nos empleemos en obsequio de su santísima y purísima Madre. Así lo haremos, católicos, en este día, y ved el objeto de mi discurso: María, la más prudente de las mujeres, considerada en el misterio del nacimiento del Hijo de Dios. La materia no puede ser más abundante, pero ni el lenguaje humano se presta á expresiones inefables, ni la cortedad del tiempo que me es dado hablaros, me permite extenderme tanto mi corazón quisiera. Para el acierto imploremos la asistencia del Espíritu Santo. A. M.

Considero aquí la prudencia, católicos, como la tutora, como la

guardadora de las demás virtudes, de tal modo, que las suponga todas, pues que á los ojos de Dios y al través del prisma evangélico las virtudes, para que sean perfectas, van hermanadas necesariamente. Son como un ramillete de olorosas flores escogidas en el vergel divino; han de ir conjuntas, han de estar enlazadas, para que del reflejo celestial con que unas se hermocean á otras, resulte esa divina armonía que hace se complazca el Señor en el corazón de un justo como en un Paraíso, como en un Cielo. Si algún corazón había que fuese un verdadero Paraíso, en cuya morada se complaciese el Altísimo, era seguramente el corazón de María purísima aún en el instante mismo de su concepción; jamás admitió en el suyo ni aún la sombra del pecado: era María la verdadera mística ciudad de Dios, fundada por manos del mismo Dios: era un alcázar real de soberanas virtudes, asegurado y defendido por el Dios de los ejércitos, que amaba á María más que á todas las criaturas juntas. No podía, de consiguiente, abrigarse en su interior ninguna cosa que pudiera mancillar el lustre de sus virtudes.

Pero hay en la conducta angelical de María una circunstancia muy digna de notarse, y de la que me he propuesto hablaros. Apenas tuvo uso de razón, y hay revelaciones respetables que aseguran lo tuvo muy tempranamente, conoció los extraordinarios favores de que era objeto de parte de la Divinidad. Sin embargo, pasa su primera infancia en el Templo en compañía de otras doncellas, sin que jamás se notase en ella nada que la hiciera aparecer singular. Era esta ya una consumada prudencia en una edad infantil.

Crece en edad, y las virtudes y las gracias y los favores van en aumento. La misma celestial prudencia, la misma humildad, la misma reserva. Los sacerdotes del Templo encargados de su educación y de su suerte futura, por muerte de sus santos padres Joaquín y Ana, piensan en darla estado: la ley les mandaba desposarla con uno de su misma familia; sin embargo, María, por inspiración particular del Cielo, había ya hecho, la primera entre las mujeres, el voto de virginidad. Terrible contraste para María, que solo sabe obedecer. Pero prudente ante todo y confiada en Dios, calla, obedece y espera. Verificanse los desposorios; pero Dios, que tenía reservada á María para Madre de su Hijo, dispone que la elección de esposo recaiga en un joven, de familia real, aunque ya pobre, muy justo, y que por inspiración del Cielo deseaba también conservar hasta su muerte la virtud, angélica de la virginidad.

Verificados los desposorios, el Señor infunde en el corazón de

José un respeto casi divino á María: sabe sus virtudes, conoce por revelacion su santo propósito, y regocíjase en el Señor de que le haya unido segun sus deseos á un ángel, no á una mujer; ¡qué digo ángel! á un serafín el más elevado en santidad.

María, que ha esperado en Dios, es prudentísima en todas sus acciones; no despliega sus lábios, conoce al justo á quien el Altísimo la ha confiado, y espera. María y José, ocupados ambos en suministrar lo necesario para la vida, se retiran cada uno á su aposento á hacer oracion, y el taller del artesano de Nazareth es un verdadero templo.

Llegó el venturoso día de la Encarnacion, de ese acontecimiento el más grande en los fastos del mundo; día que fué el principio de nuestra restauracion. María estaba ocupada en su oracion acostumbrada; y hé aquí que al aposento de María llega la mayor embajada que los Cielos enviaron á la tierra. El arcángel Gabriel viene de parte del mismo Dios á anunciar á María, que en el mismo instante el Espíritu Santo descendería á su seno, y obraría en él el misterio inefable de la Encarnacion. María responde al ángel con una humildad, laconismo y prudencia, que prueban cuán digna era de tan alto honor. En el momento mismo el arcángel desaparece, y queda obrado el altísimo misterio de la Encarnacion del Verbo.

Reflexionemos, católicos, una circunstancia en que rara vez pensamos, y que juzgo yo muy digna de notar y muy propia para nuestra edificacion. Miétras suceso tan extraordinario pasaba en el aposento de María, que hoy veneramos en la Santa Casa de Loreto, José debía estar en otro aposento de la misma casa ó en su taller. María y José debieron verse muy poco tiempo despues, ó á lo más tardar al siguiente día, puesto que no siendo ricos, y no teniendo María criada, la santísima Virgen prepararía con sus santísimas manos el sustento de José, como lo tenía de costumbre. A pesar del recato de ambos, era muy natural se hablasen y conferenciasen sobre cosas que de continuo acaecen en las hacenderas de la casa.

Sin embargo, María no despliega sus labios para indicar á José el inmenso acontecimiento de que acababa de ser objeto, y de que tanta gloria y dicha había de resultar á José. ¡Oh incomprendible humildad! ¡Oh celestial reserva! ¡Oh prudencia incomparable! María continúa en los quehaceres de la casa, cual si nada hubiera pasado. Os confieso, católicos, que esta circunstancia de la vida de María es una de las que más me han sorprendido. Sucédense los días, y el Verbo encarnado, que en todo quería sujetarse á la ley, y al órden

natural del nacimiento humano, permite que se dén á conocer en su divina Virgen madre las señales de su embarazo. María lo advierte: calla, espera, es prudente. Pero José, á quien Dios quiere probar, se turba al ver en María señales de un embarazo. ¡Qué pensar! ¡qué hacer!

¡Cómo! decía el Santo, ¿dudar de María? No puede ser. Pero ¿lo que ven mis ojos? Será un misterio. Sin embargo, la ley te prohíbe permanecer un instante con una mujer con apariencias de haber faltado... ¡Terrible asalto para José! ¡Qué pensar! ¡Qué hacer! La ley está terminante; tienes que entregar á tu esposa para ser apedreada, y el precepto de la ley es urgente... No admite dilaciones ni pretexto. Pero ¡María infiel! No puede ser... esto es un misterio; salvo mi conciencia dejándola, y Dios proveerá... Y atormentado por tantas congojas, lleno de tédio y tristeza, se queda dormido. ¡Qué leccion, católicos! La Madre del Verbo encarnado, la inmaculada María, la purísima Virgen de Judá, la más santa entre todas las criaturas, ¡objeto de unas sospechas tan crueles! ¡Ah, qué prueba, hermanos míos! Jesucristo es calumniado, herido, muerto, ¡y era Dios! Los apóstoles fueron perseguidos, calumniados y martirizados, ¡y eran los escogidos de Dios! Los mártires fueron atormentados y condenados á muerte, ¡y eran los santos de Dios! Ya lo veis; Dios no quiere que los suyos sean de mejor condicion que Él: *Si me persecuti sunt, et vos persequentur*. No ha de ser más el discípulo que el Maestro. José tenía que ser probado, y por más resplandeciente que fuera la virtud de María, Dios permitió que se levantasen nieblas de sospecha en la imaginacion de José. ¡Entre tanto María oraba, y esperaba! Pero el ángel apareció en sueños á José, y le explicó el misterio. No fué María, sinó el ángel quien explicó el misterio, y ésta es á mi ver, católicos, una de las ocasiones en que más resplandece la prudencia de María.

María, deseando ser útil á su prima santa Isabel, parte desde Nazareth á las montañas de Judá. Sábese madre del Salvador del mundo, conócese templo vivo que lo encierra en su seno: mayor gloria no era dable ni en la tierra ni aún en los Cielos; sin embargo, humilde y prudente, hace su viaje como cualquiera otra mujer ordinaria. Llega á casa de Isabel, y la saluda primero, cual si le fuera inferior; espera que Isabel hable, y esa mujer tan reservada pronuncia el grandioso, sublime y sentimental cántico del *Magnificat*, que regocija el corazón de los cristianos desde hace cerca de veinte siglos. Silencio y reserva cuando así lo exigen los intereses divinos y el ejercicio

de su humildad; habla, pero poco, pero muy á tiempo, pero con sentido sublime cuando así lo pide la honra del Dios que estrecha en su seno, y la caridad para con una parienta ilustre que lleva en el suyo al Precursor. ¡Prodigio de prudencia!

Acércanse los días tan suspirados por los profetas y justos de la ley antigua: está muy cerca el venturoso instante en que el Mesías va á salir al mundo; cuenta el tiempo, los momentos son preciosos; pero una orden llega del príncipe, y es preciso vaya José á empadronarse con María á la ciudad cabeza de su familia. María no replica, sigue humilde á José, y espera en la providencia de aquel que lleva en su seno. Hace el viaje en una estacion incómoda, en el corazon del invierno: sus escasos haberes no le permiten lo haga con comodidad; el celosísimo José hace cuanto puede por minorar las fatigas á la que sabe que es Madre de Dios. Pero Dios que enviaba á su Hijo para padecer, dispone que al llegar á Belén se cumpla el momento del nacimiento divino. José, sin duda, procuró de todos modos preparar un alojamiento cómodo á su Esposa, llamó de puerta en puerta; las halló todas cerradas. Habíase dado á conocer de sus parientes; ninguno le acogió: el tiempo urgía, sin embargo, y los instantes eran preciosísimos. Vá al meson, todo lo halla ocupado; y el Dios que crió Cielos y tierra, al nacer en esta, tiene que albergarse en un establo ó portal descubierto que se hallaba en el arrabal de Belén.

Allí, allí María puesta en oracion, y dando gracias al Señor porque era llegada la hora de la venida de Dios al mundo, cuando los astros del firmamento estaban en el medio de su carrera, cuando la noche estaba á la mitad de su camino, María dió á luz al Salvador del mundo. Esta prudentísima virgen Madre olvida todas las tristes escenas que pasaron con José en busca de un albergue: sabe que el niño Dios ennoblece con su presencia todos los lugares, y que el pesebre que lo abriga es el sitio más honrado que conozca la tierra y aún el empireo. Cuando María se ve anegada en tanta gloria, ¿qué pueden hacerle pequeñeces de mortales? Contemplad á esta virgen Madre en momento tan glorioso. ¡Qué serenidad! ¡Qué grandezal! ¡Qué magnanimidad! Ninguna reina del mundo pudo verse jamás tan honrada y tan feliz. ¿Ni cómo podía echar de ménos envolturas finísimas de hechura humana, ni cuna delicada con profusion de telas de oro y pedrería, la que tenía en su regazo el que todo lo viste y adorna? Sin embargo, María abrigó el divino cuerpecito con pobres pero aseados pañales.

En esto llegan los pastores que estaban de majada en los oteros del rededor, y en humildes pero sinceros modales adoran al divino Niño, al paso que multitud de ángeles, oídos solo de los pastores fieles, cantaban: «Gloria á Dios en las alturas, y paz á los hombres en la tierra.» María presenciaba todas estas cosas con la misma serenidad, magnanimidad y reserva que en todas sus comunicaciones con Dios.

Pero lo que pone un sello á cuanto acabamos de decir relativamente al altísimo dón de prudencia con que dotó el Señor de las virtudes á María, es el testimonio mismo del Evangelista. Despues de contar con esa admirable claridad y sencillez que caracteriza á los sagrados relatos todo cuanto pasó en el sagrado preñado y en el nacimiento del Hijo de Dios, con otros episodios de la historia divina en que María entraba como parte muy principal, concluye esta narracion con las palabras siguientes: «María retenía todas estas cosas en su memoria repasándolas en su corazon.» No dice el Evangelista que las iba contando, aún bajo el justo título de ceder en honra y gloria de Dios; sinó que las meditaba, las repasaba en lo íntimo de su corazon. Ved, católicos, el modelo que debemos seguir en nuestra conducta, en medio de los favores del Cielo. Silencio, prudente reserva. Esta es la escuela de María, y de ella debemos ser discípulos. María nos enseña callando; María nos enseña obrando. Callar y obrar; ved, amados míos en el Señor, lo que nos enseña María, y esta es la leccion, y este es el fruto que debemos sacar de la meditacion de este misterio de Belén en la festividad que nos reúne en este santo lugar.

Permitidme, católicos, el que ántes de separarme de vosotros, presente á vuestra meditacion ciertas consideraciones prácticas sobre el conjunto de circunstancias felices que se agrupan. En el firmamento, una milicia celestial que acude del Empireo para anunciar á los hombres el fausto acontecimiento del nacimiento de su Salvador. Al rededor del pesebre, sencillos y humildes pastores, que oyen el llamamiento y acuden dóciles al anuncio del Cielo. En la ciudad, habitantes entregados al sueño y sordos á los avisos del Cielo. En la Judea, una ceguera general que no permite ver tanta luz. En el mundo entero, olvido completo de las voluntades y disposiciones del Altísimo. Un Niño Dios, cuya majestad glorifica á los Cielos, y en la tierra solo se ve acompañado al nacer de su Virgen madre, del santísimo Esposo de su Madre, y de algunos pastores. Tal es el cuadro que nos presenta Belén. ¡Ah, católicos! ¡Cuán pocos encuentra dis-

puestos á recibirle en su entrada en este mundo el Hijo de Dios! ¡Cuán pocos que estén de vela! ¡Cuán pocos que lo vean llegar! ¡Cuán pocos que oigan el ejército de ángeles que lo obsequia! ¡Es una realidad muy amarga y un cargo terrible para la humanidad! Al anuncio del nacimiento de un príncipe heredero de un reino, ¡cuánto movimiento, cuánto afán, cuánto servicio apresurado, cuánta felicitación! Todo un vasto imperio se conmueve con tan fausto acontecimiento; y en efecto, nada más natural, nada más justo. Pero ¿qué misterio se encierra en la venida del mismo Dios hombre en persona, para que se truequen los frenos de la política humana, para que solo en ella padezcan excepción todas las leyes, aún hasta las de la más sencilla urbanidad? ¿Dónde estais, vosotros los doctores de la ley, que contais por días la llegada del Mesías? El Mesías es llegado, ¿pues qué hacéis? ¿Dónde estais vosotros, sacerdotes descendientes de Leví y de Aaron? estais viendo que vuestro ministerio caduca, que el sacerdocio se traspasa, según las profecías; que es llegada ya la hora de que venga en persona á su templo el Mesías: ¿qué hacéis?

María va á presentar al Templo á su Hijo, al Dios Infante, al Mesías, según lo había profetizado Malaquías. En el Templo hay un anciano Simeon que le reconoce por su Dios, que le adora, y que desea ya morir en paz porque sus ojos han visto al Redentor de Israel. En el Templo se halla una viuda santa, consagrada al servicio del Señor, reconoce en el Dios niño al Mesías, y vosotros, sacerdotes, ¿qué hacéis? Tres reyes extranjeros que vienen del Oriente se acercan á la ciudad santa, preguntan por el paradero del Rey de los Judíos que ha nacido poco há, y cuya estrella se les ha aparecido en el Oriente: Herodes confuso no sabe qué decir, porque ninguno de sus hijos ha nacido por entonces; pregunta á los sacerdotes y doctores, hace consultas por todas las sinagogas: todos le responden que el Mesías debe nacer en Belén según las profecías. Los reyes magos se dirigen en virtud de respuesta tan unánime y explícita á la ciudad de Belén: la estrella se les aparece de nuevo al salir de Jerusalén, y los guía hasta el pesebre, en donde adoran al divino Infante. Y vosotros, doctores y sacerdotes, ¿qué hacéis? ¿Lo que hacéis?... Herodes manda degollar á todos los niños de Belén y sus alrededores para no errar el golpe; vosotros lo adulais, y más tarde se verá vuestro designio: en el entretanto, ese Dios niño que ha venido á visitaros, y á quien ni siquiera os habeis dignado ir á ver, os abandonará en vuestra ceguera, y preferirá el Egipto, aunque idólatra, á su propia patria ingrata, ciega, desconocida.

¡Ah Niño divino! Y ¡cuán temprano comenzais á padecer! No es necesario que venga la Cruz del Calvario; la ingratitud y la perfidia de los hombres es una espada mucho más cruel que los clavos del santo madero. No se contentó vuestra patria con desconoceros, sino que os persiguió á muerte cuando apenas vinisteis á la vida. No permitais, Niño divino, que imitemos nosotros desaciertos tan sacrílegos; imitemos á vuestra Madre, que sufre, magnánima, sí, pero muy sentida, los agravios de que sois objeto apenas nacido: imitemos á vuestra santísima Madre, que redobla el amor y la solicitud cuando más perseguido os ve. Imitemos al santo José, vuestro custodio, que amigo fiel é inseparable, os acompaña á Egipto, y os proporciona un alimento sencillo con el trabajo de sus manos, redoblando la ternura cuanto más os ve desconocido. Imitemos á esos fieles pastores, que dóciles al aviso del Cielo, lo dejan todo por ir á adoraros. Imitemos á los reyes Magos, que atravesando regiones y venciendo obstáculos sin fin, vienen desde muy lejos á adoraros para ofreceros el oro de su amor, el incienso de su adoración, y la mirra de la mortificación. Sea nuestro corazón el pesebre de Belén. Desaliñado, Vos lo podeis adornar; pobre, lo podeis enriquecer; desabrigado, lo podeis abrasar con vuestro amor; duro, lo podeis ablandar. Os ofrecemos, divino Infante este corazón que nos habeis dado para amaros: venid á él, venid; venid con vuestra Virgen madre, nuestra Reina y Señora; venid con el santo José; venid con los sencillos pastores; venid con los santos reyes; venid, en fin, con el ejército de ángeles que os asistió en vuestro nacimiento. Aunque es muy estrecho, Vos lo podeis hacer un Cielo; descendad pues ¡oh Jesús! Venid ¡oh María! quedad en nuestros corazones para siempre; durante nuestra vida, y por eternidades en la gloria. Amen.